



ABRIL 2016

N.º 76

Unión de sacerdotes, religiosos y seculares

MINISTRI DEI

Servidores de Dios

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL



Avda. de Andalucía, 71
Escalera derecha 1.º B
23.005 Jaén (España)

E-mail:
ministridei@hotmail.com

Página Web:
www.ministridei.es

Teléfonos
923 286 689
657 401 264

Sumario

Perdóname Señor ...	1
Dichosa Tú que has creído.....	2-3-4
Artículos de venta...	4

El arrepentimiento o contrición es indispensable para recibir el perdón de Dios. Así define la contrición el Catecismo de la Iglesia Católica: "un dolor del alma y una detestación del pecado cometido con la resolución de no volver a pecar".

(CIC 1451)

Perdóname Señor

La palabra perdón dicha con el corazón tiene un poder especial ante Dios. Pedir perdón es, aparte de reconocer que somos pecadores, reconocer la inmensa Misericordia de Dios.

Un pecador que haya hecho toda clase de delitos durante su vida, toda clase de abusos, con toda su maldad, si en él último instante de su vida arrepentido de todo corazón pide a Dios perdón, a ese pecador se le abren las compuertas del Cielo. Y aunque tenga que estar purificándose mucho tiempo en el Purgatorio, sin duda que esa palabra conmueve el Corazón de Dios y lo salva.

Pero esta gracia de salvarse en el último instante no sabemos si la obtendremos. Vivir una vida de pecado, de disipación de vicios y de corrupción, pensando que a última hora Dios que es Padre nos dará el arrepentimiento final, es engañarnos totalmente. Con Dios no se juega, y mucho menos se le utiliza. Es pecado de presunción creer que la Misericordia de Dios nos salvará sin poner nada de nuestra parte. Por tanto, debemos de vivir como si de nosotros solos dependiera la salvación eterna y... cuando pongamos nosotros todo lo que esté de nuestra parte, esperar el resto del Señor.

Sin embargo, la palabra "perdón" no tiene ningún valor si no va acompañada de un propósito de enmienda. Si pedimos perdón aunque lo hagamos de corazón pero no ponemos nada de nuestra parte para enmendarnos, el perdón queda relegado a simple palabrería. Aunque caigamos mil veces en el mismo pecado, tenemos que poner todo lo que esté de nuestra parte y proponernos enmendarnos. Una cosa es que lo consigamos, otra es que ni siquiera lo intentemos. Solo así vale la palabra perdón. Porque si yo voy a una tienda y me llevo varios enseres y luego pido perdón al dueño, pero al día siguiente vuelvo a llevarme más enseres, si no rectifico mi conducta, es seguro que por mucho perdón que pidamos, no me valdrá para nada.

ES FÁCIL PERDONAR Y DIFÍCIL OLVIDAR

Si nosotros pecadores pedimos perdón a Dios y deseamos que nos perdone hasta el más atroz de nuestros pecados, también nosotros debemos saber perdonar a quienes nos ofendieron, aunque la ofensa haya sido una y otra vez. Es conocido el dicho de "perdono pero no olvido". ¿Qué clase de perdón es el que se la tiene guardada? Si Nuestro Señor hiciera lo mismo con nosotros, ¿quién se salvaría?

A veces hay quienes perdonan de verdad y hasta olvidan, pero les consuela saber que la justicia de Dios no dejará impune el mal que recibieron. Pues bien, tampoco esto es cristiano. Porque Cristo nos enseñó a amar a nuestros enemigos y Él fue el primero en ponerlo en práctica: *Padre perdónales porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34)

Debemos perdonar el mal que nos hicieron. Debemos olvidarlo y hasta debemos pedir a Dios que perdone a aquellos que nos hicieron mal. Porque eso sí es cristiano. Nada hay que consuele más y aplaque mejor la sed de Cristo que cuando a semejanza de Él sabemos perdonar con todo nuestro corazón a quienes nos hicieron mal y además pedimos a Dios que Él también los perdone. San Esteban el primer mártir que murió apedreado, pedía perdón al cielo por las personas que lo estaban lapidando. Este gran santo entendió muy bien el auténtico cristianismo. (Hechos 7-60)

BETANIA

Dichosa Tú que has creído

La Fe es una virtud teologal que recibimos por el bautismo pero que debemos pedir constantemente a Dios a lo largo de toda la vida, y procurar no sólo que no muera, sino que crezca hasta el último instante de nuestra existencia. Pues así como a la cabeza sin la vista de los ojos todo es tinieblas, todo es confusión, tanto que si quisiera caminar, ahora caería en un punto, ahora en otro y terminaría por precipitarse del todo, así el alma sin fe no hace otra cosa que ir de precipicio en precipicio, porque la fe sirve de vista al alma y de luz que la guía hacia la Vida Eterna. Y lo mismo que el alimento material da vida al cuerpo para que no muera, así la Fe da la vida al alma, sin la Fe el alma está muerta. La Fe vivifica, la Fe santifica, la Fe espiritualiza a la persona y la hace tener fijos los ojos en un Ser Superior, el cual, es su fuerza, su esperanza y tanto que es el sujeto último de sus actos sobrenaturales y así, a través de la caridad ama no solo a Dios mismo, sino también a las demás criaturas. Es Dios quien obra en el alma del que cree.



LA FE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Todos sabemos que la Santísima Virgen es un compendio de virtudes y que todas las tenía en plenitud. El mismo Arcángel San Gabriel la llama "llena de gracia", demostrando con ello que es su característica principal. Podía haberla llamado la humilde, la perfecta, la impecable, pero la llamó la "llena de gracia", confirmando así que la Virgen era un compendio de virtudes y perfecciones.

Hoy vamos a pararnos a meditar la fe de la Santísima Virgen, porque nadie como Ella ha creído en la verdad de la Palabra de Dios. Y nadie como Ella se ha entregado a hacer de la Palabra la vida de su alma.

Su misma prima Santa Isabel la saluda diciéndole: *dichosa Tú, que has creído lo que Dios te anunció*, (Lc 1,45-47) pues creer en los planes extraordinarios de Dios es algo heroico en el ser humano, tan dado a razonarlo todo. María no anula la razón, sino que su razón, al descubrir en la Palabra la confirmación y elevación de todos sus razonamientos más sublimes, acoge con entusiasmo esa luz que le viene por la Palabra.

Cuando se tiene fe, Dios hace en las almas portentos; sin fe pocas cosas puede hacer. Es el elemento determinante para que Dios obre (Mt 13,58), y cuanto más difícil de creer una cosa, si es algo que Dios pide, más heroica es la fe de la persona que lo cree. María tuvo que creer varias cosas que solo una fe como la de Ella era capaz de abrazar con determinación. Tuvo que creer que el Ángel era un embajador de Dios y que lo que le traía era de parte del Altísimo. Tuvo que creer que estaba llena de gracia porque así se lo manifiesta el Ángel. Tuvo que creer que sería bendita entre todas las mujeres. Tuvo que creer que concebiría por obra del Espíritu Santo, hecho milagroso y sin precedentes, y lo creyó. Y tuvo que creer que su prima Isabel, ya de avanzada edad, también estaba encinta esperando el nacimiento de su primer y único hijo a pesar de su esterilidad.

ESCUELA PARA LOS CREYENTES

La fe de alguien siempre es ponderada por Dios. Así vemos cómo Dios promete a Abraham que será padre de los creyentes (Gn 12, 1-3) y elogia con ello que ha creído en Él. Vemos también en el Evangelio las muchas veces que Dios dice a los que sana: *tu fe te ha salvado* (Lc 7, 50) porque la fe es algo costoso para el hombre, pues no la alcanza por sí mismo y tiene que vencer su orgullo y pedirle a Dios, y constantemente ha de recurrir a Dios con humildad. Pero cuando lo hace así, Dios se vuelca con sus dones en el hombre y le hace exclamar de alegría porque éste alcanza la plenitud del Espíritu Santo: *«Te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños»*.(Mt 11,25)

Por mucha fe que tengamos pueden surgir en nuestra vida acontecimientos que nos hagan dudar o titubear que sean reales. Dios no nos da explicaciones para obrar en nosotros, solo quiere que le obedezcamos dócilmente, eso sí, libres de hacerlo y exentos de todo temor, porque Dios nunca nos va a pedir más de lo que podamos hacer, y aun así, con aquello que nos pida nos dará su gracia para emprenderlo.

La Virgen creyó sin ninguna duda en lo que el Ángel le anunció de parte de Dios. Lo demuestra perfectamente su cántico del Magnificat como respuesta a las maravillas que Dios ha obrado en Ella. No se planteó si era digna o no de ser la Madre del Mesías tan esperado. Ella aceptó lo que el Ángel le trajo y dijo Sí sin titubear. Y que creyó sin titubear lo demuestra que se puso en camino apresuradamente para ir a ayudar a su prima Isabel que ya estaba de seis meses de gestación.

EL NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS

Pero la fe de la Virgen tuvo que ser puesta a prueba durante toda su vida. Al nacer el Niño y tenerlo en sus brazos, tuvo que tener una grandísima fe en que aquella cria-

tura tan débil e indefensa era su Dios. Y si bien lo abraza y lo trata como a su Hijo, también lo adora y le honra como a su Dios. ¡Qué prueba tan dura tuvo que ser para Ella y su esposo José no poder ofrecer al Niñito divino una posada mejor que el establo de Belén! Los padres desean recibir a sus hijos en las mejores condiciones, ellos no eran diferentes de las demás criaturas, pero no pudieron conseguir nada mejor que el portal de Belén.

LA PROFECÍA DE SIMEÓN Y LA HUIDA A EGIPTO

Otra prueba de fe de la Santísima Virgen fue cuando el Niño es presentado en el Templo y el anciano Simeón tomándolo en sus brazos le profetiza *que ese Niño será contradicción para muchos y que a Ella una espada le atravesará el alma* (Lc 2,34-35). ¿Qué pensaría la Virgen ante esta profecía? ¿Qué sintió cuando el anciano Simeón con el Niño Dios en brazos le dice que será contradicción para muchos?... El Evangelio nos dice que Ella guardó silencio. Y dentro de ese silencio, el misterio. Coloquios de la Virgen con su Amado Señor que estuvieron llenos de fe, pero también llenos de dolor por no entender, aunque asintiendo a los planes de Dios.

Más adelante de nuevo otra prueba de fe para la Virgen, en realidad para la Sagrada Familia. La huida a Egipto (Mt 2,13-15), porque Herodes quiere matar al Niño. El viaje debió ser penoso, duro, peligroso y precario; sin embargo Ella tiene fe en la orden de Dios recibida por medio de José. Un nuevo acto de fe y de humildad: ¿no es Ella la que ha engendrado a Jesús y se comprometió a ser su Madre? ¿Cómo le viene este aviso por José y no directamente a Ella sobre quien gravita casi todo el peso de la situación? Y María acepta obedecer a su esposo y que el Señor le mande cosas tan difíciles sin ni siquiera decírselas a Ella, aunque fuera a través de un Ángel. Sin hacerse esperar, la Sagrada Familia hace los preparativos de inmediato y pone toda su confianza en Dios. ¡Qué ejemplo para todos nosotros que estamos acostumbrados a hacer lo que nos parece y no sabemos qué sacrificios supone vivir en obediencia! ¡Qué gran ejemplo nos dan José y María, que se dejan guiar por la voluntad de Dios sin ninguna oposición, sin quejas egoístas, ni dudas por su parte. Y allí en Egipto solo ellos saben las penurias que pasarían en tierra extraña y sin muchos haberes. Aunque la providencia amorosa del Padre Celestial no cabe duda alguna que los proveería de lo imprescindible.

NUEVA Y DOLOROSA PRUEBA DE FE

Una nueva prueba y, muy dolorosa, tuvo que pasar María y junto a Ella su castísimo esposo: la pérdida de su Hijo durante tres días y tres noches en Jerusalén. Quienes son padres y tienen hijos sabrían explicar muy bien la angustia que esa situación puede producirles. Tanto José como María no descansaron buscando al Niño, y a pesar de que no lo encontraban, no dudaron un solo instante que ese Niño era Dios. Y como era Dios, qué fácil hubiera sido para el Niño aparecerse a sus padres y decirles: no me busquéis que estoy en el Templo. Qué fácil hubiera sido para el Niño decirle telepáticamente a su madre: no te angusties que estoy bien. Pero Dios no quiere librar del mérito de la fe a sus almas escogidas, y permitió el doloroso amargor de José y María en la búsqueda del Niño.



Tres días y tres noches sin su Hijo debieron ser para ambos un verdadero martirio. Y sin embargo, no se encerraron en sí mismos lamentándose, ni tampoco dejaron que Dios les hiciera la labor de encontrarlo. Ellos pusieron todo lo que estaba de su parte y buscaron al Niño como si solo de ellos dependiera el encontrarlo. Porque en las cosas de Dios las personas debemos hacer todo lo posible a nuestro alcance, que ya Dios hará lo imposible.

Nosotros cuando tenemos pruebas nos encaramos a Dios y le reprochamos que no nos merecemos tanto dolor, y las sufrimos a veces casi forzados, creyendo que nunca llegará el amanecer bendito en que nos veamos libres de esa prueba. No fue ésa la actitud de María y de José. Una vez más aquí nos dan ejemplo de cómo debemos comportarnos ante el dolor y la angustia. Quizás nos parezca algo inalcanzable, lo que tenemos que considerar es que si Dios permite que nos sucedan cosas tan dolorosas, como le sucedió a la Sagrada Familia, esa Voluntad de Dios se puede y se debe vivir como la vivieron ellos; y el fruto será también inimaginable.

HACED LO QUE ÉL OS DIGA

La fe de la Virgen se nos vuelve a manifestar en las bodas de Caná de Galilea. Ella intercede a su Hijo por los novios que no tenían vino, y la contestación del Hijo parece un poco dura ante su súplica: *¿Y a ti qué? aún no ha llegado mi hora* (Jn 2, 1-11). Pero la Virgen lejos de amilanarse va a los sirvientes y con firmeza y convencimiento les dice: HACED LO QUE ÉL OS DIGA. Todo el protagonismo se lo dio a su Hijo, ¡qué grandes serían sus deseos de darlo a conocer como Mesías!

¡Qué valentía la Virgen y qué firmeza en su decisión! ¡Qué bien conocía a su Hijo, y cómo sabía que no la dejaría en ridículo! Y cuál no sería su fe que consigue que su Hijo haga su primer milagro públicamente, aun sin haber llegado la hora de manifestarse. ¡Qué poder de intercesión el de esta Mujer! Nosotros creemos que conocemos al Señor y que tenemos fe en Él, hasta que llega el momento de la prueba y se nos hunden todos los proyectos que teníamos. Al Señor le gusta que le sirvamos en fe aunque las cosas se pongan feas, y hasta incluso parezcan que se han malogrado. También le gusta que nuestra fe sea tan grande que le obligue a intervenir incluso para conseguir imposibles o realizar milagros, y es que la fe mueve

montañas; por tanto, tenerla es imprescindible para el bien obrar de Dios, porque sin ella no puede hacer nada a través de nosotros. María antes de dar este consejo en forma terminante lo había hecho vida: HÁGASE EN MÍ, SEGÚN TU PALABRA. Vivía en la Voluntad divina de tal forma que dejaba que obrara en Ella sin más. Le pedía a Dios que obrara su Voluntad, no la suya. Estas palabras son clave en la vida de todo cristiano, porque nada nos santifica más y nos ayuda a crecer en virtud que hacer lo que Dios nos dice. Con qué pocas palabras María, Madre de la Iglesia, nos dice no solo en las bodas de Caná, sino a lo largo de todos los siglos a la Humanidad: ¡HACED LO QUE ÉL OS DIGA!

AL PIE DE LA CRUZ

Si todas las pruebas fueron heroicas en la vida de María, y es posible que tuviera muchas más de las que no ha quedado constancia, ver a su Hijo destrozado al pie de la Cruz es algo que supera todo lo imaginable. Entonces se cumplió la profecía de Simeón y la espada que le anunció le atravesó el alma de parte a parte, totalmente (Jn 19,25-27).

Pero Ella, mujer valiente, mujer de fe y de fortaleza, y madre entregadísima a su querido Hijo, no se apartó ni un momento de la Cruz y se mantuvo firme, porque ésa era también la voluntad del Padre Celestial y lo sabía muy bien; sabía que el Padre así lo quería y que tenía que participar del amargo cáliz que estaba bebiendo su divino Hijo hasta el último instante de su vida. ¡Qué grandeza de espíritu es la firmeza en la fe! Lo veía desgarrado, llagado por todas las partes, irreconocible, y sin embargo, creía firmemente que ese cuerpo tan deteriorado, tan roto, resucitaría. Pensaba en José que se había librado de este espectáculo tan doloroso, y hasta lo agradecía. Su fe al pie de la Cruz llegó al punto culmen que toda fe puede llegar.

No dudó, siguió creyendo en la divinidad de su Hijo y en su misión redentora, y junto a Él se ofreció por la misma causa. Gracias, Madre, por tu ofrecimiento. Gracias por la escuela de fe que nos has dejado. Gracias por tu amor inmutable y único hacia Jesús, no solo tu Hijo sino también tu Dios. Gracias por aceptarnos como hijos, a nosotros los pecadores.

CONCLUSIÓN

Si María Santísima, que es nuestra Madre, nos enseña a lo largo de su existencia cómo debemos comportarnos y recibir las pruebas, y cómo a pesar de lo grandes que sean, nuestra fe debe mantenerse firme en Dios, nosotros que somos sus hijos y queremos imitarla, debemos reflexionar y meditar qué haría Ella cuando nos vengan situaciones dolorosas. Tratemos de imitarla y de pedirle auxilio, a Ella que es Madre de pecadores y sabe muy bien de nuestras limitaciones e incapacidades. Los verdaderos hijos de María son los que la imitan. La Santísima Virgen María no solo nos ha enseñado cómo comportarnos en las pruebas; también nos ha dado un valioso ejemplo de lo que significa obedecer a Dios sin titubear nada en absoluto, gracias a que alimentaba constantemente su fe entregándose a la oración. Nos ha enseñado a saber escuchar la voz de Dios y a dejarnos guiar por el Espíritu Santo. La fe que Dios desea de cada uno de nosotros es una fe sin altibajos y firme como una roca, pues Dios puede hacer realidad lo imposible y solo por medio de la fe puede obrar en nosotros maravillas. ¡Oh! qué felicidad la de un alma que vive de fe; su vuelo es siempre hacia el Cielo! ¡Madre mía, que sepa ser digno hijo tuyo!

P.D.C.M.F.



ARTÍCULOS DE VENTA

Orar con Salmos

Salmos para la oración personal

Formato: 15 x 11 cms. Páginas: 52

Precio: 1.50 euros/unidad. (más gastos de envío).

La finalidad de este opúsculo no es otra que la de prestar ayuda en la oración cuando la aridez o las distracciones nos invaden. Incluso cuando en la oración hay mucha concentración, ocurre cierta fatiga mental que aunque no disminuye la calidad de la oración si disminuye esa concentración por el esfuerzo intelectual que hacemos.

Orar con los Salmos es orar con la Palabra de Dios, los salmos son la oración del Pueblo de Dios que durante siglos se viene practicando.



Rosario de las Lágrimas y Lágrimas de Sangre de la Santísima Virgen María

Este Rosario tiene 49 pequeñas cuentas blancas, divididas en 7 partes o misterios. Es semejante al Rosario de los 7 Dolores de María y tiene en el lugar de la Cruz, la medalla de Nuestra Señora de las Lágrimas.

El Rosario o Coronilla de las Lágrimas y Lágrimas de Sangre de la Virgen María está indicado para la conversión de los pecadores, preferentemente las almas víctimas de posesión diabólica, y como arma especial para luchar contra la presencia y actividades del demonio.

Precio: 5,00 euros/unidad, (más gastos de envío).